ducido número de lectores. Su autor desconocia el estado de las letras en el siglo XII, y sus faltas gramaticales y prosódicas no son voluntarias, sino consecuencia de su ignorancia. Publicólo ilustrado con numerosas notas para explicar las expresiones ó corroborar las afirmaciones del poeta; en la geografía antigua no discute la situacion de las localidades, ni su correspondencia con los nombres modernos, sino que expone las opiniones de los autores que él conoce, y deja al lector que elija. Antepúsole un prólogo, en que presenta en facsímile algunos renglones del códice, que dice examinaron Gil Gonzalez Dávila, Pellicer y otros del cotarro turiferario de Ramirez de Prado, á quien, juntamente con don Juan de Solorzano, llama delicias de España; y añade que lo publica, sin esperar á hacerlo con el *Martirologio* como tenia pensado, por las excitaciones de amigos y eruditos, que le rogaban lo anticipase. Los aprobantes se felicitan de que ya enmudecerán los adversarios de la venida de Santiago, y Pellicer, que es uno de aquellos, llega á asegurar que este poema habria hecho mudar de dictámen á Baronio. Cómplices tales gentes, más ó menos involuntarios, de Tamayo, no penetraron, ó afectaron no penetrar, el verdadero objeto de su ficcion, que se dirigia, no, como ellos creian, á resolver la cuestion de la venida de Santiago (que en esto poco podia influir una pieza en verso del siglo XII), sino la de antigüedad

del Pilar sobre la Seo, y la existencia entonces, esto es, en el siglo de la conquista de Zaragoza, de la creencia de la ereccion del célebre santuario por mandato de la Vírgen al apóstol; suceso que no entró en la leyenda de éste hasta mucho tiempo despues.

Á los apócrifos del ciclo de Román de la Higuera puso remate un libro extraordinario, no porque fuese nuevo en su género, que tiene filiacion bien conocida, sino por pertenecer al órden sobrenatural. No se trata, pues, de pergaminos hallados entre escombros, ni de láminas de metal soterradas, ni de códices sustraidos de antiguas bibliotecas ó envueltos en lotes de papeles viejos, comprados á un librero; sino de una revelacion directa de Dios. Fué objeto de este especial favor, de que en aquel siglo hubo en los claustros frecuentes ejemplos, María de Ágreda, religiosa en esta villa, que casi niña habia disuelto su familia, enviando á su padre y dos hermanos á vestir el hábito de san Francisco, y convirtiendo la casa en monasterio, de que fué fundadora con su madre y otra hermana. Vivió sometiendo su naturaleza enfermiza á extremadas y extrañas mortificaciones; el público era admitido, sin ella saberlo, al espectáculo de sus largos arrobamientos; durante los cuales le sucedian cosas inauditas, como era ser transportada á Nueva España, donde convertia y catequizaba muchedumbres de indios, segun atestiguaba su

confesor y confirmaban los frailes de su órden que de allá venian. Tiene por título el libro de María de Ágreda, *Mística ciudad de Dios;* y por asunto la vida de la Vírgen; pero tan rico en detalles capitales, no sólo sobre la Vírgen, sino sobre Cristo, los apóstoles y el establecimiento del cristianismo, que comparado á él el Evangelio, es un diminuto compendio. La autora preve y contesta las objeciones tan obvias de por qué la Vírgen, teniendo intencion de dar á luz sus memorias, habia esperado á hacerlo al siglo XVII, y por qué el Evangelio, escrito por testigos que han visto y conocido la madre del Señor, han guardado silencio sobre esas particularidades. Peregrinas son algunas de las relativas á Santiago: san Pedro, al hacer entre los apóstoles la division de reinos, le señala el de España; Santiago desembarca en Cartagena y va á Granada, donde los judíos le matan uno de los doce discípulos que le acompañaban, y se preparan á hacer lo mismo con todos; mas, llegados al lugar de la ejecucion, se aparece la Vírgen, suelta sus cadenas y caen en tierra sin sentido los verdugos; dales la Madre de Dios cien ángeles de los de su guarda para que les escolten en sus viajes; Santiago parte de Granada, dejando algunos discípulos de los que traia, «que despues padecieron allí martirio», y con los demas y otros que iba recibiendo, porque el fruto que hacia era inmenso, recorrió á España, sin olvidar á Tole-

do, y puso obispos en várias ciudades; estando en Zaragoza tornó á aparecérsele la Vírgen con innumerable séquito de jerarquías angélicas y celestial atuendo, para ordenarle le edificase en aquel lugar un templo y se volviese á Jerusalen; Santiago levanta la capilla del Pilar, déjala encomendada al obispo que allí habia puesto, se embarca en Cataluña, toca en Italia, visita á la Vírgen en Efeso y llega á Jerusalen, donde padece martirio, á cuyo trance asiste la Vírgen, transportada por ángeles, para recibir su alma é ir á presentarla ante el trono del Altísimo. María de Ágreda sabia perfectamente la diversidad de pareceres y versiones de los autores eclesiásticos sobre sucesos y personas de la primitiva Iglesia, y advierte: «Yo no tengo órden del Señor para satisfacer á todas estas y otras dudas ni componer estas controversias; antes desde el principio he declarado que su Majestad me ordenó y mandó escribir esta historia sin opiniones, ó para que no las hubiese con la noticia de la verdad.»

La prolijidad quita toda poesía á la obra de la religiosa iluminada. Los evangelios, en su discreta sublimidad, apenas nos dejan entrever el interior de la pobre vivienda del artesano de Nazareth, conservándonosla á bastante distancia, como para advertirnos que debemos mirarla como un santuario. La figura de la Vírgen no nos la dejan ver descubierta sino en los momentos más solemnes de la redencion,

al lado del pesebre y al pié de la cruz. Pero esto no satisfacia á los contemporáneos de María de Ágreda, ávidos de registrar con sus miradas los más recónditos rincones de aquel misterioso interior doméstico. Teólogos y poetas se lo habian descrito, pero no tan minuciosamente como se deseaba. Siempre que una generacion necesita un libro, acaba por obtenerlo; el que buscaba la del siglo XVII en España, lo obtuvo. La santa Vírgen de la *Ciudad mística* no es la humilde María desposada con el artesano, ni es mujer ni madre, sino una reina llena de ciencia, una diosa en quien toda humanidad se ha disipado en la plenitud de la apoteósis.

María de Ágreda escribió su libro á la edad de treinta y seis años; un confesor accidental que tuvo, en una ausencia del suyo, se lo hizo quemar; nuevos mandatos divinos y de sus prelados la obligaron á escribirlo segunda vez, pero no se publicó hasta despues de su muerte. Encontró dificultades su impresion, no porque se la sospechase de impostura, que esto á nadie podia ocurrir, sino porque no faltó quien lo tuviera por ilusion ó, como entonces se decia, engaño del demonio; pero esta idea se desvaneció ante la ortodoxia de la doctrina, la pureza del sentimiento, la maestría y propiedad en el uso de los giros y términos de la teología escolástica. La extática de Ágreda transcribe cuanto ve y oye, como el desterrado de Pátmos, de quien era apasio-

nada; su estilo, en que sucesivamente se cree percibir acentos de hombre y de mujer, de ángel y de niño, es siempre digno, ora se bañe en los resplandores del empíreo, nos dé á gustar las delicias del amor divino, ó descienda á fustigar varonil y despiadadamente los vicios del clero.

Juntas de teólogos, obispos y consejeros de Estado examinaron la *Ciudad mística*, y todos no tuvieron para ella sino elogios. El mismo rey Felipe IV, que sobrevivió algunos meses á la venerable María, de quien habia recibido copia del primer manuscrito, y con quien seguia tirada correspondencia sobre negocios de Estado desde que la conoció á su paso por Ágreda, camino de Zaragoza, se interesó tan vivamente como todas las clases en la publicacion: la nacion española habia caido en éxtasis como sus ascetas. La órden franciscana, juzgándose poseedora de una santa Teresa, hizo suyo el libro. Publicado al fin, Roma le puso en el índice; penetrando en Francia, escandalizó á Bossuet[1]. Pero el

[1] «Le seul dessein de ce livre porte sa condannation. C'est une fille qui entreprend un journal de la vie de la sainte Vierge, où est celle de Notre Seigneur, et où elle ne se propose rien moins que d'expliquer, jour par jour et moment par moment, tout ce qu'ont fait et pensé le fils et la mère depuis l'instant de leur conception jusqu'à la fin de leur vie, ce que personne n'a jamais osé.....

»Tout est extraordinaire et prodigieux dans cette pretendue histoire. On croit ne rien dire de la sainte Vierge ou du fils de

águila de Meaux, aspirando al gran ideal cristiano, desdeñaba las vanas curiosidades, los vuelos de la fantasía en alas de la devocion, lo que le hacia incompetente en cuestiones de misticismo; él desconocia la condicion fundamental de la crítica, que es saber comprender los estados diversos del espíritu humano. La Vírgen era entonces un sér viviente, contemporáneo, actual; intervenia en la existencia de cada uno, era la madre y consejera universal, paño de lágrimas de todos los afligidos; no se la relegaba al último cielo, como se hace con los dioses en las edades incrédulas bajo pretexto de respeto; se vivia familiarmente con ella, se la confiaban pe-

Dieu, si l'on n'y trouve partout des prodiges dont on n'a jamais oui parler et qui n'ont aucune conformité avec l'analogie de la foi..... On ne voit rien dans la manière dont parlent á chaque page, Dieu, la sainte Vierge et les anges, qui ressente la majesté des paroles que l'Ecriture leur atribue. Tout y est d'un fade et languissante longueur; et neanmoins cet ouvrage se fera lire par les esprits faibles comme un roman bien tissu, et ils en prefereront la lecture à celle de l'Evangile, parce qu'il contente la curiosité que l'Evangile veut, au contraire, amortir..... ce n'est ici que la vie de Notre Seigneur et de sa sainte Mère, changée en un roman, et un artifice du demon pour faire qu'on croie mieux connaitre Jesus-Christ et sa sainte Mère par ce livre que par l'Evangile.» (Bossuet, Remarques sur le livre intitulé *La mystique Cité de Dieu.*)

Refiriéndose á un capítulo, que no designamos por no suministrar pasto á curiosidades malsanas, dice: «Ce chapitre fait horreur et suffit seul pour faire interdire à jamais tout le livre aux âmes pudiques.»

sares y esperanzas, y no extrañaba sus apariciones aquella generacion de donantes de retablos, que se hacian pintar en ellos en actitud orante, confundidos con los padres de la Iglesia portadores de grandes misales, con los san Sebastianes castamente desnudos, con los san Jorges armados de punta en blanco, y con las vírgenes que se apoyan sobre la rueda de su suplicio ó sostienen sus senos amputados, que componian el cortejo de honor que rodeaba el trono de la Reina de los cielos y de la tierra.